



Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Presidenta de la CLAR

BETANIA, CORAZÓN DE HUMANIDAD

“¿Qué está sucediendo en el corazón del hombre? ¿Qué sucede en el corazón de la humanidad? ¡Es hora de detenerse!” (Papa Francisco). La pregunta que hizo el Papa Francisco el 1º. de enero pasado, introduce muy bien nuestro tema: “¡Es hora de detenerse!”, y de preguntarnos, “¿Qué sucede con el Corazón de Humanidad de la Vida Consagrada?”.

La reflexión que este número de la Revista CLAR nos ofrece es, sobre todo, una invitación a que rescatemos el latido de humanidad en nuestras comunidades, en nuestra misión, en nuestro mundo lleno de tantas deshumanizaciones.

El Icono de Betania no deja de ser nuestra referencia. ¿Qué nos dice ahora como Vida Consagrada?

Betania, casa de Corazón, donde late la humanidad, la vida, lo que nos identifica plenamente y justifica el hecho de que estemos en este mundo. Algunos afirman que la raíz de la palabra corazón viene de “saltar”; será porque continuamente el corazón salta, se “sobresalta”. En sentido figurado decimos que sentimos que “nos dio un vuelco el corazón”, o que “nos brinca de alegría”. Cuando deja de saltar, de bombear, de brincar o de latir... cuando el corazón deja de sentir, de apasionarse, de compadecerse, anda mal, o enfermo, o en vía de extinción.

Corazón tiene que ver con otras palabras como concordar, asombrarse, recordar, corazonada, vulnerabilidad, intuición, latir al unísono con otra persona; también tiene qué ver con discordia... Antiguamente se creía que en él estaba la fuente de los sentimientos, de nuestros afectos, de nuestra memoria. Ahora lo relacionamos específicamente con la voluntad, el lugar de las opciones, el sentido de vida.

Humanidad, qué palabra tan fuerte y tan frágil. Nos dice tanto: belleza, misericordia, compasión, bondad, pero también miseria, debilidad. Dicen los que saben de etimologías que algo tiene que ver con “humus”, tierra, suelo, terreno... Relación que nos recuerda el hecho de que somos creaturas y que formamos parte del conjunto de todos los seres humanos que habitamos la tierra. Deriva de humano, de donde proviene la palabra hombre (*homo, hominis*). Curiosamente es sustantivo femenino, al menos en su traducción castellana. La tierra (*humus*), es muchas veces comparada a la maternidad, a la fecundidad, a lo que acoge y posibilita la vida.

Entre los sinónimos que encontramos de humanidad podemos incluir: condición humana, benignidad, benevolencia, clemencia, comprensión, piedad, misericordia, caridad, corazón, capacidad de sentir solidaridad, afecto, compasión hacia las demás personas, inhumanidad, cuerpo humano, fragilidad, flaqueza... propias de la humanidad. Y al escribir todos estos sinónimos late en el corazón la palabra Encarnación. Jesús el Señor que ha asumido nuestra humanidad con todas estas características: “El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria” (Jn 1,18).

¿Qué le dice Betania a nuestro corazón, a nuestra pasión, a nuestra humanidad, dentro de nuestras personas, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestras relaciones? He aquí algunas intuiciones, fruto de la oración:

- *Ser corresponsables para humanizarnos más.* Jesús involucra a todos en Betania: para resucitar a Lázaro pide a unos que quiten la piedra, a otros que desaten las vendas... ¿Cómo podemos crecer en una corresponsabilidad que nos haga a todas/os y cada una/o sacar lo mejor de nosotras/os mismas/os para contribuir a la vida, a que entre la luz en nuestras relaciones humanas, a construir entre todas/os comunidades que caminan, libres de vendas, al ritmo del Espíritu?
- *Dar espacio a lo femenino, al “anima”* que no se contrapone para nada al “animus” con lo que identificamos generalmente lo masculino. La mujer en Betania humaniza, es decir, le da al relato evangélico ese toque de realismo humano, cuando nos enfrentamos ante la muerte, desconcertados, cuando ante situaciones de no-vida reclamamos, y cara a cara con Dios le decimos: “Si hubieras estado aquí...”. Cuantos “si hubieras...” no traemos en el corazón y qué poco los dialogamos, los enfrentamos, los oramos... Jesús, ante Marta, no parece enfadarse por ese posible reproche, más bien, parece tomarla de los hombros para contener su dolor hecho reclamo, y devolvérselo en confianza para que deje salir de ella su fe más profunda: que si Jesús es la Vida, y si Él está ahora ahí, Lázaro tendrá de nuevo la vida. Dar espacio a lo femenino es darnos oportunidad de decir nuestras contrariedades, de hablarlas con asertividad entre hermanas y hermanos, pero, como Marta, abiertos a que el Otro, y los otros, me contengan y me ayuden a ver de distinta manera las cosas. María, su hermana, nos revela otra realidad muy humana, la necesidad de la compañía, del consuelo; ella procesa las cosas de distinta forma a la de Marta: quedándose en casa, en su corazón, dándole vueltas a lo sucedido, sentada, quieta. Pero lo femenino de María es responder y levantarse inmediatamente ante el llamado de Jesús, porque sólo ante la voz del Amado es capaz de salir de sí

para consolidar ese proceso de fe que tomará su tiempo, y llegará a su plenitud en la mañana de la Resurrección.

- *Nos humaniza también la ternura*, la bondad, el tratarnos con cordialidad, cuando gozamos y lloramos con el hermano. Así lo hizo Jesús en Betania, mostró su vulnerabilidad humana ante el amigo “que dormía”. A veces pareciera que las consagradas y los consagrados somos un roble, que no sentimos los golpes de la vida, que no nos doblegamos o no manifestamos nuestra debilidad, ante nosotras/os mismas/os ni ante los demás. Qué hermoso es encontrarnos con una Vida Consagrada bondadosa, llena de calor humano, a la que se le pueden rasar los ojos de vez en cuando frente al sufrimiento, o simplemente de pura alegría.
- *El servicio, el ungir los pies de los demás también nos humaniza*, pues de alguna manera nos pone frente a la necesidad de quien está a nuestro lado. Existe un grupo apostólico de laicas que ungen cada semana los pies resacos, partidos, de los migrantes, en un albergue cercano a la estación del tren... Cómo reflejan humanidad sus ojos, sus manos, su sonrisa. En nuestras comunidades y apostolados, ¿servimos o somos servidas/os? ¿Ungimos con palabras de consuelo, con amabilidad, con comprensión, o más bien pedimos que los demás nos unjan con adulaciones, con aquello que queremos escuchar? Qué hermoso constatar vidas hechas servicio hasta el final. Qué tristeza encontrar consagradas y consagrados que se jubilan en el servicio, y creen llegar a una etapa de la vida donde todo lo merecen, después de haberse “tallado la vida” en la misión. Qué hermoso ver hermanas y hermanos de avanzada edad pensando siempre en los demás, poniendo su granito de arena desde los trabajos más humildes como picar verduras, contestar un teléfono, abrir la puerta, secar la loza, visitar al más enfermo o anciano de su comunidad, esperar al que llega de un viaje aunque a veces los domine el sueño; es un testimonio de servicio y unción tipo Betania.
- *Sentarnos a la mesa, a compartir la fe y la vida también eleva nuestros niveles de humanidad*. Después de la resurrección de Lázaro, en el banquete pre-pascual de Betania, se dice que estaban

compartiendo la mesa. ¿Cuántas mesas tenemos en nuestras comunidades? ¿En cuáles de ellas compartimos más, nos compartimos, “partimos con” los otros lo que soñamos, lo que nos gusta, lo que nos preocupa, nuestras anécdotas, cómo nos fue en la pastoral, lo que más amamos, lo que nos toca el corazón?

- *El buen humor es también termómetro de humanidad.* Después de que María unge los pies de Jesús nos dice el evangelista que la casa se llenó del perfume derramado, del buen olor de aquel perfume. Poco tiempo antes olía mal en Betania, la comunidad sin Jesús era cadáver y todo era desolación y tristeza. Con el frasco derramado a los pies de Jesús el mal humor de la muerte se convierte en perfume. ¿Qué tanto nos reímos juntas y juntos? ¿Nos seguimos tomando demasiado en serio? ¿Por qué tiene que ser todo tan serio cuando oramos, cuando hacemos la Lectio Divina, cuando participamos en la Eucaristía, cuando tenemos un día de retiro, cuando llegamos del apostolado? Es cierto que hay tiempo para todo, pero para una sonrisa siempre hay cabida. Qué encantadoras son esas personas que en nuestras comunidades, en los momentos más álgidos, saben decir una palabra que a todos nos relaja y baja la tensión. Dicen que el buen humor es una característica importante de la santidad.
- *Cuidar la vida también nos humaniza.* Jesús resucitó a Lázaro, cuidó la vida que todavía estaba oculta en el sepulcro, y que esperaba, como rescoldo, la visita del Amigo que soplaría y haría surgir de nuevo la llama de la vida. Lázaro no había muerto en el corazón de Jesús, pues lo amaba. Lo resucita porque no había muerto del todo... En nuestras comunidades ¿cómo cuidamos nuestro ambiente? Desde una planta hasta una hermana enferma, ancianita... Los recursos naturales ¿los valoramos, los usamos con responsabilidad y moderación?; ¿malgastamos la energía?; ¿mantenemos nuestro espacio limpio, ventilado, como reflejo de nuestro corazón y de nuestro caminar comunitario?
- *Nos humaniza también la solidaridad,* la no indiferencia, porque me siento parte de un todo que es la humanidad, y porque esa Humanidad es el Cuerpo Místico de Cristo lacerado por tantas inhu-

manidades, injusticias, desigualdades. El Papa Francisco nos invitó en su mensaje de cuaresma a “ser misericordiosos y generar misericordia”. La solidaridad surge de un corazón misericordioso, que se interesa por aliviar, aunque sea desde los gestos pequeños, las deshumanizaciones que se viven en tantas situaciones de marginalidad. En nuestras comunidades, ¿cómo vivimos la solidaridad?, ¿en nuestras obras apostólicas?, ¿en nuestra ciudad? ¿Fomentamos el sentido de ciudadanía, pronunciamos nuestra palabra o nos cruzamos simplemente de brazos? Marta le mandó decir a Jesús que su amigo Lázaro estaba enfermo, que su comunidad no podía mantenerse viva sin su amor compasivo y solidario. Como Vida Consagrada, ¿somos mediación para que otros sean vistos, escuchados, dignificados?

- *Y en definitiva, Jesús nos humaniza.* Cuando Él está al centro de nuestro corazón, de nuestra comunidad, de nuestra misión, entonces nuestra consagración se humaniza, toma más “carne”, se enraíza más en la historia. El Espíritu Santo realiza en Él la Encarnación, este misterio inaudito de su amor por nosotros. Se hizo uno de nosotros, tomó nuestra Humanidad. En la medida en que lo contemplamos “con pausas y sin prisas”, en que hacemos camino cotidiano de oración, el rostro de nuestra vida consagrada se va transfigurando, se va haciendo más humano. Él “es el más bello de los hijos de los hombres”. Y ante el Crucificado, ¿quién, después de contemplarlo desde el corazón, no se vuelve más humano? Y nos humaniza también cuando contemplamos su Rostro en los crucificados de la historia.

Si el Espíritu Santo realizó esta obra de humanidad en Jesús, sería bueno invocarlo con más fuerza como Vida Consagrada, de manera que Él mantenga nuestro corazón saltando, latiendo en pasión por Cristo y por la humanidad. “¡Es hora de detenerse!” a escuchar nuestro corazón. Betania es lugar de interioridad, donde se interiorizan los procesos de humanización, de donde surge una humanidad nueva, actitudes más humanas y humanizantes; lugar donde late la humanidad con toda su fuerza y en donde recircula la sangre-vida; donde se contiene y se suelta; los pulmones que la oxigenan son la Ruáh Divina, que “abuena” nuestra sangre y nos humaniza. Detente, por último, tal vez poniendo la mano sobre tu corazón. Ponle palabras a tu ritmo cardíaco, aquella consigna que te ayude a “recordar” por quién vives, a quién amas, por

quién te apasionas, por quién estás quemando en amor cada uno de tus días. Y de seguro, también al detenerte, escucharás en tu corazón a Dios, que en tu vida clama.

El Papa Francisco consagró este año al Corazón Inmaculado de María. Ella es Corazón de Humanidad, porque es la Madre compasiva y misericordiosa, la Mujer que pone anima a la Iglesia, a nuestras vidas, porque la humaniza con la ternura de su *Fiat* y de su *Magnificat* y porque cuida la vida del Hijo en el corazón de cada ser humano. Corazón de humanidad al pie de la cruz de Jesús y de nuestra cruz de cada día; al pie de las cruces de todos y cada una/o de nuestras/os hermanas y hermanos, de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños.

Cuaresma 2014